

GONZÁLEZ FARACO, J. C. (2008) *Il cavaliere errante. La poetica educativa di don Chisciotte*. Milano, FrancoAngeli.

Este ensayo de Juan Carlos González Faraco sobre el Quijote representa una rigurosa, pero también cálida, reflexión sobre la lectura, como experiencia vital y como experiencia formativa. Se trata, pues, de una lectura educativa, breve y concisa, pero extremadamente densa de la obra de Cervantes, que va precedida por una doble presentación. En primer lugar, aparece el interesante y sugestivo prólogo del escritor y profesor Gabriel Janer Manila, quien coordinó hace pocos años un número especial conmemorativo de *Revista de Educación*, en el que participó González Faraco con un artículo del que arranca el ensayo objeto de esta recensión. Al prólogo de Janer le sigue una introducción crítica de la profesora italiana Anita Gramigna, titulada «Hermenéutica y epistemología educativa», en la que la profesora Gramigna revisa las fuentes intelectuales y recrea la singular posición pedagógica que adopta el autor ante esta obra cumbre de la literatura universal.

El ensayo está dividido en cuatro capítulos. En el primero, el autor desarrolla su teoría de la lectura, o más bien de la lectura como pasión. En el segundo, analiza el potente simbolismo de Don Quijote a lo largo del siglo XX, en el tiempo que va entre las celebraciones del tercer y cuarto centenario. Se centra en su condición de «artefacto» pedagógico, usado hasta la saciedad por intereses ideológicos de todo tipo. Precisamente, el tercer capítulo se ocupa de los modelos de lecturas

pedagógicas más habituales de las que ha sido objeto el Quijote, mediante un análisis de diversos textos, siguiendo pautas hermenéuticas. El cuarto y último capítulo propone un modelo de lectura que el autor llama «antipedagógica», y que pretende ser, en sus propias palabras, «una lectura anticanónica del humanismo cervantino que lo inmunice contra lecturas profesoras, mixtificadoras y doctrinarias». En estas reflexiones acude a fuentes muy diversas y también muy valiosas: Sloterdijk, Steiner, Cernuda, Borges...

La perenne actualidad de un clásico nace de capacidad para provocar nuevas lecturas, ofreciéndonos siempre nuevos motivos para acercarnos a él, y sugiriéndonos nuevas posibilidades interpretativas. Juan Carlos González Faraco nos presenta, con toda la pasión, pero también con método y rigor, su personal lectura del Quijote. Su visión no se atiene a la estrecha mirada de una disciplina académica. Se acerca cuerpo a cuerpo, sin intermediario alguno, a Don Quijote en su peregrinaje. Lo sigue, como si fuera su otro escudero, y lo observa. No hace un análisis ni pretende una definición del personaje. Va más allá. Lee las conexiones entre los significados que encierra ese camino vivido y narrado y desvela su trama implícita. Por eso no desnaturaliza su poética, sino que la exalta, redescubriendo su urdimbre narrativa sin por ello perturbar los sueños del caballero, sus deseos, su realidad. Al entrar en plena sintonía afectiva con él, lo comprende. Y de ese modo ayuda al lector a aproximarse con fascinación al personaje. Y lo hace a través de un proceso de penetración incesante y un

anhelo de fusión que trasciende las pobres divisiones de un saber que parcela y define; mediante una lectura que busca y encuentra los lazos entre pedagogía, vida y poesía; que alude al arte y, evocando escenarios interpretativos, nos aproxima a él y enciende el deseo de superar el prosaísmo de la vida para descubrir la poética de la vida.

Este ensayo representa un claro ejemplo de práctica hermenéutica que encontraría en la pedagogía errante su expresión y fundamento más apropiado. Pues, de hecho, propone una lectura pedagógica que acepta el error, lo imprevisto, el desorden e incluso la locura sin ningún temor y sin considerarlos un obstáculo. Todo lo contrario, concibiéndolos y aceptándolos como parte fundamental de cualquier proceso educativo, puesto que, además, ayudan a sensibilizar la conciencia, enseñan la humildad y forman en la comprensión. Esta mirada abierta, de que se vale al autor, permite reconstruir el imaginario de la mano de una pedagogía que se tiñe con lo onírico y abraza imprescindiblemente a la ética.

La metáfora que la historia de Don Quijote encarna no es explicable ni traducible en términos de un proyecto formativo tradicional. Sin embargo, es un proyecto, un proyecto existencial inquieto, y toda una propuesta educativa. El caballero andante construye, a su manera, una trama de significados en torno a las experiencias que vive y a las relaciones que forja en su camino. Y deja a un lado las pretensiones predictivas y tranquilizadoras que, con más frecuencia de la necesaria, nutre las páginas de tantos discursos científicos.

El ensayo del profesor González Faraco va más allá de los ámbitos disciplinarios típicos de la pedagogía y la literatura para mostrar al lector un espacio más amplio. A través de la fuerza de su imaginación, el caballero, acaso sin saberlo ni quererlo, advierte al lector de la necesidad y de la riqueza de un pensamiento errante que hace posible la fusión de los propios horizontes y alienta encuentros cualitativamente diferentes, pero sobre todo no excluye nada, situándose así al margen de cualquier convención, de cualquier investigación gremial o sectorial. Las reflexiones de Juan Carlos González Faraco nos conducen a una crítica de esa pedagogía del «deber ser» que no valora, al menos no valora lo suficiente, la capacidad de mejora y transformación que brota de la autoconstrucción de una subjetividad que aprende con humildad. La tensión ética que permanentemente flota en las palabras del autor, echa sus raíces en la finitud e imperfección de cualquier análisis y en la convicción de la necesidad de un anclaje en la estética y en la belleza en cuanto generadoras de armonía, concordia y alianza.

El libro de González Faraco nos da al mismo tiempo la oportunidad de releer un clásico y plantearnos nuevos interrogantes sobre él y sobre otras cuestiones vitales. En él las reflexiones existenciales y las consideraciones científicas se anudan en la misma trama tejida por el autor, con el objeto de privilegiar una lectura anticonvencional y antipedagógica, en el sentido de que es una lectura curiosa y abierta a la sorpresa y a la eterna indescifrabilidad del sentido, profundamente

narrativo, de la experiencia humana. La pedagogía, desde la óptica del autor, se convierte de este modo en una exhortación a entender la vida como «un acto poético», como la «expresión de un yo múltiple» que busca la armonía. La pedagogía, concebida, pues, como indagación continua e incesante que se deja sorprender, y como búsqueda a un tiempo experiencial y poética, o quizás poética porque es experiencial.

González Faraco no sólo plantea una lectura tan entusiasmada como competente de la novela. Alarga su mirada hacia otros ámbitos de reflexión pedagógica, literaria, artística y, desde luego, ética. A la pedagogía errante, a la que se refiere el profesor Faraco, no le gusta enclaustrarse entre las fronteras de un territorio seguro, sino que busca ocasiones para visitar y reconfigurar los propios paisajes interiores. El estilo elegante y armonioso de este ensayo, tanto en el contenido como en la forma, confirma su tesis de fondo: novela y vida tienen la misma sustancia narrativa.

Agnese Ravaglia